

Libros



Leopoldo DE LUIS

“El portarretratos”

Colección Los Cuadernos de Sandua
(Caja Sur)
Córdoba, 2000, 46 págs.

Leopoldo de Luis nos regala, una vez más, con un interesante sonetario (34 piezas) para revalidar su maestría en esta forma clásica, unida, naturalmente,

a la tragicidad existencialista que es ya proverbial en su vasta obra.

Partiendo del problema del dolor humano, en el que el poeta habla de un “quimérico fracaso” y del “mal de su amargura” (“El hombre del pájaro...”), con claras conexiones con su poesía anterior: *... es esta herida/ por la que lentamente respiramos* (“Las cosas de la vida”), nuestro autor se aventura en un recorrido de pesimismo existencialista deudor, en cierta forma, de *Viaje a la casa cerrada*. Así pues, aparece una “casa vacía” en “El intruso”, “El regreso” -...*quien me esperaba soy yo mismo*, tal vez el fantasma del mismo poeta joven- y “La oscura compañera”, porque *Yo soy la soledad de estos escombros* (“Derribo”), en una identificación del propio declinar con ese otro de la casa, realizando, además, un alarde de creatividad plástica. Otras concomitancias con “Viaje a la casa cerrada” aparecen en “Hasta mañana” y “La vuelta”.

Pero este pesimismo existencialista se concreta, sobre todo, en el transcurrir inexorable del tiempo que nos aboca, primero, a la ancianidad y, después, a la muerte. De esta guisa, aparece el poeta anciano en “El portarretratos”-que da título al poemario-; en “Paisaje”, donde el declinar de la propia vida es una simbiosis con la naturaleza del paisaje sombrío: *Yo soy ese paisaje de ceniza, / soy esa débil luz que se desliza/ y acaso soy ese caballo muerto*; en “El libro de ayer”, donde el poeta ha perdido la antigua fe con el transcurrir del tiempo; y en “Mis viejas mujeres”, confirmación de la obsesión del envejecimiento.

En este sentido, el tema estrella de la obra es la consideración de la propia muerte. En “El mueble viejo” vislumbra el poeta su posible ataúd de mañana, mientras que en “Acidia” se desata una trágica premonición de la muerte digna del mejor Quevedo: *el corazón está cansado, /... es un soldado/ que está esperando su fusilamiento*, al igual que estos estremecedores versos de “La propia miseria”: *sólo soy la ruina/ de una desesperada maquinaria. ... mi propia bancarrota admito y Soy la propia miseria que me enluta*. La obsesión de la muerte aparece también en “Me espera” “El viejo abanico” y “La muerte”, cerrando este último soneto una bella y lírica metáfora de la muerte: *(Cruza el invierno un pájaro cantando/ y no se posa porque ya no hay rama)*”

Hay, no obstante, algunos elementos que hacen posible la esperanza. En “Ciudad sitiada” el amor parece salvar al poeta de la desolación de la guerra y, en otros lugares, pese a la insistencia en la nada como destino del ser humano, surgen otras posibilidades de permanencia. De la nada hablan los sonetos “El que cruza la calle”, “La luz que nunca hubo” y “La muerte”, en una clara conexión con los planteamientos sartreanos. El segundo de ellos, concretamente, desarrolla la tesis de que, tras la muerte, el paso a un paraíso es una mera ilusión psíquica -hay aquí resonancias de la crítica freudiana a la religión-: *El túnel y su mente son lo mismo y En la mente y el túnel hay un cruce./ La luz que nunca hubo se retira*.

Sin embargo, en “El desvelado” la nada sartreana no imposibilita totalmente una puerta abierta a la esperanza: *Ser desolado hacia la absurda nada./ ignorando si un día habrá alborada, porque Esta poca materia que me toca/ gastar, está llamada a ser futura/ materia transformada que madura/ en otra realidad que la convoca* (“La materia que soy”), versos que parecen constatar la creencia en otra dimensión tras la muerte o bien en algún tipo de transformación biológica, todo ello unido al mito del “eterno retorno” presente en numerosas culturas ancestrales.

Nos hallamos, en definitiva, ante una nueva muestra de sabiduría existencialista de un poeta que, como Leopoldo de Luis, hereda y actualiza magistralmente las constantes de las mejores voces de nuestro Siglo de Oro.

Luis Arrillaga



Hilario TUNDIDOR

“Las llaves del reino”

Colección Hiperión, Madrid, 2000,
91 págs.

Este nuevo libro de Jesús Hilario Tundidor supone la culminación de un proceso creativo singular, pues se operan en él importantes transformaciones formales respecto a su obra anterior, además de hallar aquí, quintaesenciadas, algunas de las virtudes de la poesía tundidoriana anterior (numerosas propuestas estéticas, originales claves simbólicas, creatividad lingüística, felices hallazgos expresivos, hondura lírica, luminosidad y vitalidad adjetivadoras, etc.).

Aun cuando el autor aborda diversas temáticas, todas ellas están presididas por un punto de partida: *el suceso común del estar vivo* (“Acotaciones”), como situación vital que motiva la aventura poética. En “Configuración” el poeta se oculta tras una tercera persona que *...siente que le acosa / la realidad y la pasión, la vida, vida que es el acontecimiento esencial de la poesía tundidoriana y que se expresa en el reto de la creación lingüística.*

Mucho habría que decir de las propuestas estéticas de Tundidor; quizá la que más sobresalga sea la que yo denomino “precisión conceptista”. Citemos este hermoso fragmento de “El exilio de la razón”: *... ¿sola miseria puesta/ como un óbolo/ en las manos del Caronte más triste: nuestra memoria fracturada?* Y todo ello alrededor de otra clave esencial, ejercer plenamente el oficio de poeta. *Sobre la esfera última/ del cántico horademos la piel en que yace/ ...la brasa/ de la verdad...* (“Cantar para estrellas”), es decir, descubrir la verdadera realidad tras la apariencia. En este sentido, el proceso de la creación artística aparece en la tercera parte del poema a Mozart: *...Engendrar una música,/ engendrar un poema, apasionar la inteligencia, clarificar el orden/ infinito del fuego;* elocuentes y bellas definiciones de acto creador.

Otra clave es la sabiduría humanista, alrededor, en la mayoría de los casos, de la experiencia de la soledad. En “Fiesta nocturna” el poeta alude a un “padre dolor” que nunca escucha, el dolor como máxima escuela de conocimiento; hay aquí además una clara conexión con la ecología cósmica y solidaria de san Francisco de Asís, que, como sabemos, llamaba hermanos a todos los seres, elementos y realidades. Respecto a la soledad como elemento constante, citemos como ejemplo: *...la tierra,/ multiplicada de soledad...* (“Configuración”) -gran verdad acerca de la condición humana-. Finalmente, esta sabiduría filosófico-humanista nos plantea la dificultad que tiene el hombre de alcanzar las metas utópicas deseadas: *...¿Cómo/ sujetar el efímero/ valor de los instantes? ¿Dónde/ el trofeo del sueño?* (“Dunas”)

No podía faltar tampoco el canto al alcohol y, especialmente, al vino, como gran clave simbólica de la poesía de Tundidor. Destaca, sobre todo, el extenso poema en tres partes “Baudelaire. Claudio y Eliot...”, de gran belleza y hondura lírica. En “El exilio de la razón” se nos habla de que “el alcohol no estaba” como algo negativo, porque aquí el alcohol es símbolo de vitalidad, de vida plena y feliz, pues “la madre ginebra” crea “la ética imperceptible”, “La pureza de la amistad” (“Discurso moral”)

Por otra parte, hay algunos poemas que recrean un contexto épico en el cual aparecen batallas, conquistas, etc., y, sobre todo, la idea de “las llaves del reino” como utopía a lograr. Por ejemplo, el poema “Si brillan las estrellas...” concluye con una inteligente digresión acerca del sinsentido de la guerra.

Por último, señalemos ciertas conexiones con el pensamiento bíblico y unas perspectivas de trascendencia. En los collages II y III de “Baudelaire, Claudio y Eliot...” aparece la concepción semítica del significado vital de los nombres, que son el propio ser o realidad nombrada y entran en relación directa con el sujeto que los nombra. Y otros dos poemas nos introducen en el mundo de la trascendencia: “Cantar para edificios” y la cuarta parte del poema a Mozart, en el que hallamos una clara referencia a la fe en la eternidad.

Como decíamos al principio de estas líneas, estamos ante la indudable culminación del proceso creativo de Jesús Hilario Tundidor, un proceso singular digno de ser continuado por las nuevas generaciones poéticas.

Luis Arrillaga

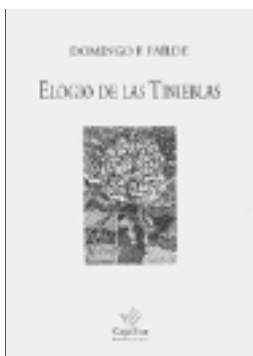


Manuel PADORNO “Hacia otra realidad”

Editorial Tusquets. Barcelona, 2000; 123 pág.

A pesar de sus premios y de la calidad de su obra poética, compuesta por una decena de títulos, Manuel Padorno (Canarias, 1933) sigue siendo un poeta más bien raro (o más bien ignorado) en el ámbito de la literatura peninsular. Ahora la editorial Tusquets incluye con justicia su último libro en la selecta colección Nuevos Textos Sagrados. Los poemas del volumen fueron escritos en el año 1997. La luz, el agua, el mar, son los protagonistas de *Hacia otra realidad*. “Tiene el mar su mecánica como el amor sus signos”, escribía Gimferrer en uno de los versos memorables de *Arde el mar*. De esa mecánica precisamente habla Manuel Padorno: “Yo me fui convirtiendo, sin pensarlo, / en un obrero más, de los que abría / las más grandes compuertas invisibles, / celestes transparencias, y engrasaba / los émbolos más altos, las poleas / que elaboraban la mañana atlántica.” Padorno da la luz y se aparece el mundo lo mismo que en un cuadro, porque las siete partes de *Hacia otra realidad* (compuestas a su vez por siete poemas) constituyen el libro más claramente plástico (también más luminoso) de Padorno, que además de poeta es un nada desdeñable pintor. “Siempre estoy comprobando, a cada paso / cómo funciona el cielo, cómo encajan / los azules según pasan las horas.” Una cita de Juan Ramón Jiménez puede ejemplificar otra realidad que persigue y desvela este libro: “Una luz de otra parte en una nube.”

José Fdez. de la Sota



Domingo F. FAÍLDE

“Elogio de las Tinieblas”

Publicaciones Obra Social y Cultural
Cajasur.

Los Cuadernos de Sandua. Córdoba,
1999; 41 págs.

Con *Elogio de las Tinieblas* son ya catorce los poemarios publicados por Domingo F. Failde (Linares, Jaén, 1948).

Son más de veinte años de poesía los que lleva a sus espaldas o a lomo de sus libros (el primero, *Materia de amor*, apareció en 1979) este profesor de Literatura, animador de diversas empresas culturales, coordinador de *La isla*, suplemento cultural del diario Europa Sur y socio fundador de la Asociación Andaluza de Críticos Literarios. Failde es un poeta de oficio y con oficio (algo que al día de hoy no cotiza precisamente al alza en el mercado de la literatura). Los poemas de este libro elegíaco y un sí es no es conceptista forman una perfecta unidad, una acabada arquitectura lírica y literaria donde todas las piezas encajan (es decir, donde no sobra un verso). Este es un libro oscuro y a la vez luminoso. Unas cuantas lecciones (que nunca son bastantes y nunca repetidas) sobre la brevedad de la existencia y la precariedad de nuestra condición.

José Fdez. de la Sota



M.^a Victoria REYZABAL

“Instancia en la locura”

Málaga, Diputación de Málaga,
1999, 83 págs.

La poeta M.^a Victoria Reyzabal extiende su plural mundo interior a lo largo de universos expresivos diversos, e incluso, contrapuestos. Así, desde la armonía primigenia de *Cosmos* (Puente de la aurora, 1999) se traslada a coordenadas diferentes en su última obra. En *Instancia en la locura* se adentra en la asfixiante atmósfera de un manicomio-cárcel: hospita/ lizada/ psiquiá/ tri-code/ presiva/ supuesta/ alienada/ demi/... impuesta/ al-rechazo/ entodos/ los/ juegos/ de/ culpapoder”. Realiza así su particular recreación -vivificada por la modernidad- de una metáfora clásica, la de la vida como sueño o teatro y de la búsqueda de la identidad cual viaje a los infiernos.

Esta última entrega literaria de la autora madrileña pretende simbolizar un mundo subvertido en el cual los “prisioneros-pacientes” son los lúcidos, incluso cuando ha-

bitan la demencia. En otro nivel, el texto metafórica la represión que se ejerce sobre ciertos sectores desprotegidos de la población, como sucede en este caso, ya que se les priva de su derecho a manifestar y recibir amor. En este universo esclerotizado y amenazante, sólo puede sobrevivir paradójicamente quien antes se ha negado a ser, quien acepta robotizarse, masificarse, en papeles preestablecidos, burocratizados y sumisos, por eso a estas “no personas” se las designa en los poemas como “batas”, simples uniformes que revelan su función de adormidera en el engranaje liberticida del sistema, verdadera nave pilotada por locos (*las batas me están enseñando/ a tejer mi capullo/ para la metamorfosis/ mi telaraña/ sus enmascarados rellenos...*) El yo poético sufre doblemente ambas opresiones por el hecho de ser mujer, pues primero le ha sido arrancada su identidad por el hombre y, luego, por la institución que aquí remite alegóricamente al poder establecido y, en consecuencia, omnipotente, ya que se vale de medicamentos, servidores, dogmas, reclusiones, políticas, terapias, etc.: *el día es una bestia impetuosa/ ya se ha progresado mucho/ ahora me dejan amarrada a una silla/ para que el dragón del sol/ me succione/ me escinda/ me seque la sangre*.

Sin embargo, a pesar de las adversas condiciones a las que se ve sometido pasivamente (esa araña gigante que desgarrar mi pecho ese batallón de/ hormigas que devora mis intestinos esas/ sabandijas que se beben mi sangre...”), el sujeto poético aparece como ser valiente, émulo de Prometeo, que se sabe derrotado y, no obstante, continúa su lucha, sin esperanza, pero con fe para que del apocalipsis surja un verdadero renacimiento. Semejante resurgir implica atravesar la muerte, tal vez no física sino mental, la disolución en el caos al que ni las estructuras lingüísticas pueden sobreponerse: *habrá un apincelado de blanco y condoble hoja de roble perono/ se abrirá parano- sotros nilaratahambrientaquealimentosdejará/ demor- derme/ quizá Dios morenunarata de cloaca ésta es mi/ historia que no medejas concluir con final abierto*.

Escrita en un tono de denuncia, crítico y subversivo, en el que, a pesar de todo, cabe el recuerdo de la felicidad y la belleza, el grito del yo se enmarca a través de un estilo que rompe o prolonga la separación de las palabras, las encabalgas y desborda, haciendo de la frase un continuo sin tregua, delator del enajenamiento a que conduce toda comunicación que no sea la estandarizada, la “correcta” y tópica, o, dicho de otro modo, toda expresión que intente manifestar diferencias, oposiciones, dudas y dichas esenciales.

Por ello el poema se yergue constituido por un flujo de ideas y sentimientos, liberados de las constricciones del lenguaje convencional, hasta convertirse en un aullido desgarrado y aparentemente inútil, pero cargado de profundos y múltiples significados. Las voces se abrazan, se aprietan, se expanden, anulan sus distancias para retratar el caos y erigirse en generadoras de otra manera de clamar en el desierto.

Innovadora una vez más en la concreción formal que otorga a la desesperación liberadora, Reyzábal bebe sabiamente de los aportes vanguardistas sin quedarse encasillada en ninguno, otorgando a su escritura un sello personal, en el que, no obstante, se respira el onirismo surrealista o ciertos ecos kafkianos en el registro de la deshumanización de la persona y la personificación de objetos o animales, recurso que aporta singulares momentos, en ocasiones, de paz y lirismo: *roncan los muebles por la noche/ a su manera/ los invisibles insectos de la demencia/ saben cuándo el sol pierde su rojo* y otras de pánico y violenta desolación: *peces muertos por manos/ trapos viejos por genitales/ hormigas por pies// porque no grito/ porque hace horas que he fallecido// desobediente/ sin certificado facultativo.*

El conjunto constituye un duro reto para el lector, el cual carece de abrazaderas rutinarias para aproximarse al texto. No obstante, la desgustación lenta y paulatina, ajena a/de prejuicios normativistas, le proporcionará al lector la experiencia de un decir auténtico, lleno de imágenes poderosas y cargadas de evocaciones, que conecta con el desgarramiento más profundo del ser humano, con lugares donde la palabra estandarizada, desgastada por el uso reiterado, no penetra.

María Antonia Casanova



Luis ARRILLAGA

y Gloria LIMA

“Labios sellados. Antología poética sobre el silencio de Dios. Siglos XVI-XX”

Editorial PPC, Madrid, 1999, 207 págs.

Esta antología de poemas sobre el “silencio de Dios” es interesante por varios motivos: por tratarse de una espléndida selección de poemas de nuestros mejores líricos, por el tema que en ellos se aborda y por lo oportuno de las glosas espirituales de los autores incluidos al final del libro. Habrá que agradecer, por tanto, a Luis Arrillaga y Gloria Lima el feliz acuerdo de obsequiarnos con estas auténticas joyas de nuestra poesía clásica, de grandes poetas de nuestro pasado reciente y, también, de otros autores vivos. Citemos sólo algunos nombres: San Juan de la Cruz, Unamuno, J. Ramón Jiménez, Miguel Hernández, Dámaso Alonso, César Vallejo, Blas de Otero, León Felipe, Luis Rosales, Leopoldo de Luis, José Hierro, Carlos Murciano, etc., hasta un total de veintiún poetas.

Menos frecuente aún es que se publiquen antologías poéticas que nos hablen de Dios, o, como en este caso, del silencio de Dios. Paradójicamente, en esta época postmoderna somos nosotros los que guardamos un silencio impenetrable sobre Dios. Es casi hasta de mala educación nombrarle. El pobre Dios ha quedado relegado a los “circuitos de lo sagrado”: el templo, los sacramentos, los funerales... Pero en la vida de relaciones, la profesión, el trabajo, el ocio, incluso la familia... ahí Dios es el gran ausente. Por ello, esta obra de auténtica antropología mística es un potente clarinazo para despertarnos a la Realidad más real que nosotros mismos.

Dicen los antólogos en el prólogo: “este libro intenta ofrecer momentos poéticos cumbres que nos revelan la profunda crisis existencial tanto del poeta creyente como del agnóstico o ateo.” En efecto, todos los seres humanos somos puestos radicalmente en cuestión. Y los poetas sienten y expresan lo mismo: *...y no saber de dónde venimos y adónde vamos* (Rubén Darío) Y, al sentirse ellos mismos como “pregunta”, se hallan remitidos a esa Presencia Originante que permanece muda.

El poeta creyente, aunque gima en su “noche oscura” (*¿Adónde te escondiste,/ Amado, y me dexaste con gemido?! Como el ciervo huiste/ habiéndome herido;/ salí tras ti clamando y eras ido*, dice san Juan de la Cruz), expresa negatividades que hacen añorar una presencia plena que no se da más que bajo la apariencia de la “ausencia” y acepta ese Origen que le está haciendo ser permanentemente; consentirá esa Luz infinita que le ciega y querrá beber de esa agua viva, aunque, de momento, tenga que contentarse sólo con esa sed que arde en su corazón.

El poeta agnóstico o ateo vivirá también su experiencia mística bordeando con desgarro esa frontera dolorosa entre Dios y la nada. Dios mismo quiso que su querida niña santa Teresa de Lisieux experimentara también en toda su crudeza ese “muro”, esa frontera de dolor entre el ateísmo y la fe. Así pues, unos poetas y otros, en este sabroso florilegio poético de la “noche oscura del alma”, nos llegan a contagiar de su estado místico y “teopático”: estado en el que “se padece” a Dios permanentemente, es decir, se experimenta a Dios como a Alguien que calla, que tiene sus “labios sellados”, cuando en realidad nos gustaría que hablase.

Por último, invitamos al lector a consultar las glosas que nos facilitan mucho la intelección de la trayectoria espiritual de los poetas, pues, además, son páginas muy bellas y de gran densidad. Y me permito también aventurar otro consejo a los lectores: que no las lean de un tirón, sino que las saboreen de una en una, como un breve aperitivo, antes de enfrascarse en cada uno de los poetas.

Alfonso Valverde



José M.^a MUÑOZ QUIRÓS

“Material reservado”

Col. Visor, Madrid, 2000, 70 págs.

Esta nueva obra de J. M.^a Muñoz Quirós (Ávila, 1957) mereció el premio “Jaime Gil de Biedma” 1999 y ya ha sido traducida a varios idiomas. Se trata, en general, de un “material reservado” de la cosmovisión personal del poeta que realiza una reconstrucción poética de la realidad contemplada, según una “pura desnudez del espíritu”, como afirma José Hierro en un emotivo prólogo. Predominan aquí la belleza metafórica, un halo enmisteriado, la elegancia del lenguaje, los aciertos expresivos y sabios encabalgamientos que enriquecen continuamente el texto.

Esta reconstrucción poética se basa en la memoria como elemento esencial, pues *Sólo de la memoria vuela el tiempo/ al lugar de su origen/ ... y se renace/ de otro modo...* (“Nunca se ve más claro”), como forma de recuperar el pasado y la vida en general, y también de plenificarla: *.. la memoria es el cristal que envuelve/ y preserva la luz y oficia el mundo/ en el rito más alto...*, para llegar en “Ojos para no ver...” a *...un tiempo esencial/ en la memoria*, que es la eternidad del tiempo encerrada en una luz mística, como veremos.

La trágica experiencia del transcurrir del tiempo es, precisamente, una de las constantes del presente libro. Como en otras obras anteriores de Muñoz Quirós, se produce una búsqueda apasionada de la eternidad del instante, aunque a veces sea un instante antiguo revivido en la memoria: *... la quimera/ de un instante otra vez recién nacido* (“A veces, como un soplo...”), y otras, empero, se patentice su fugacidad: *el fugaz aroma de ese instante* (“A la luz se despiden...”), porque las cosas *al fin mueren* (“De esta palabra...”) Efectivamente, las alas del tiempo *escapan por los vértices del mundo* (“Hay un vuelo...”) y el *mar del tiempo es un chorro interminable/ surtidor sobre el mundo* (“Descúbreme el atajo”), constataciones filosóficas que nos abocan a la transitoriedad del ser humano, que es sólo tiempo prestado, instante efímero: *el cuerpo es el peso del tiempo* (“Yo he sabido”)

Entre otras constantes de interés, me limitaré a otras dos grandes claves de esta obra singular: el amor en su más profundo lirismo y una espiritualidad mística.

En cuanto al amor, en el poema “Estoy pensando en ti...” aparece una pesadumbre por la obsesión amorosa, tal vez expresando el miedo a la dependencia. Tras algunos hermosos ejemplos de poesía amorosa de gran hondura lírica y elegancia de lenguaje (“Tú me acostumbraste”, “Materia contenida...”, etc.), nos encontramos con la trágica belleza del amor concluido: *A nada sabes ya*: de lo

que fuiste/ sólo queda la cáscara...” (pág. 56), o bien el poema “Desnuda...”, que amén de la temática amorosa, nos abre ya a una dimensión espiritual: *esa luz de un domingo/ de religiosa paz bajo tus ojos*.

Ya hay un gran hallazgo místico en el inicio del poema “Ya nada es gratuito...”, que nos habla del *misterio de la voz*, pero la gran clave está en el poema “Si te asomas”-extrañamente repetido en las págs. 35 y 46-. Esta pequeña pieza es toda una recreación sanjuanista en la que, tras *la noche oscura*, aparece la luz, tal vez esa misma luz del éxtasis místico: *...en la cima/ de la plena consciencia.../ hermosa claridad para esa noche*. Esta noche oscura o sufrimiento de la cruz aparece en otros lugares del libro: *...la noche/ envuelve su rumor/ en un cansado fuego...*, *la noche... pulsa el silencio/ hasta romperlo todo...* (“Hemos llegado...”) para desembocar después en la luz mística: *Innecesaria claridad/ vuelca su leve amor en la más alta/ caricia de las horas* (“Y si al final”), porque el *nacer está próximo a los brazos que me llaman* (“Has llegado en el día”), es decir, probablemente nacer de nuevo a los brazos de Dios. Esta luz mística no puede percibirse con los ojos del cuerpo: *ceguera/ impensable si está la luz/ vertical en mi ser...*, sino con los del espíritu, pues *...Resume amor/ ese mirar sin límites /.../ donde la luz campea, amor del Absoluto o de Dios* (“Ojos para no ver.”)

Finalmente, señalemos la conexión que esta recreación mística tiene con esa otra mística del budismo, cuando en “Hemos llegado...” leemos *Nada deseas ya. Nada es mas leve/ que las aristas de la noche...*; nirvana al que llegamos cuando superamos el dolor mediante la supresión del deseo.

Hermosa obra esta, en definitiva, que, con su riqueza de temáticas y registros, con su hondura humanista y filosófica, con su creatividad lingüística, supone un nuevo acierto en la ya larga trayectoria de Muñoz Quirós.

Luis Arrillaga



Víctor JIMÉNEZ

“Las cosas por su sombra”

Colección Adonais, Madrid, 1999, 60 págs.

Este poeta sevillano de 1957, de cuya obra me he ocupado ya en otras ocasiones, nos ofrece en ésta su quinta entrega -merecedora del premio “Florentino Pérez-Embid” 1999- un recorrido existencial desde la infancia hasta el presente, asumiendo el reto de todo poeta que se precie: descubrir la verdadera realidad que se oculta tras la realidad aparente.

La poesía de Jiménez posee una herencia clásica en

un estilo directo y sencillo, pero con una belleza que, dentro de su sencillez, consigue la difícil virtud de la hondura propia, por ejemplo, de un Antonio Machado o de un Bécquer, observando el talento de este último en un buen número de poemas (...*con certeza/ absoluta sabíamos los dos/ que llegaba la noche del adiós*, pág. 16); véase también el sabor machadiano: *Como la luz del alba entre los álamos*, pág. 53.

Dentro de esta herencia clásica destacan los sonetos, como "Descubrimiento", de perfecta factura, que describe cómo el poeta enamorado llega a la poesía, o "Primer adiós", preñado de la melancolía de una historia de amor acabada. No obstante, en "Soledades" aparece la esperanza, pero en expresiones condicionales merced a la persistencia del dolor y la soledad; todo ello, en fin, como transformación del niño en hombre.

Otros sonetos en una órbita clasicista deudores de nuestro Siglo de Oro son "La marea", "La gata sobre el milagro" y el que, bajo el título "El sillón", ofrece una fructífera huella lopesca.

Ciertas connotaciones de tipo social también enriquecen la poesía de Jiménez, como la del soneto "Última edición", interesante fábula de la manipulación mental e ideológica de la televisión, o la del breve poema "Sobresalto", de un sabor didáctico-moralizante cercano al haiku. Precisamente, acerca del haiku, hay en este libro otras breves piezas herederas de la sabiduría filosófica oriental, como el humanismo de "La cosecha", "De película", "Atuendo" y "El espejo", aunque en esta última -más que el haiku- resuena la sabiduría propia de la poesía arábigo-andaluza.

En el poema "El despertador" expresa el autor una lúcida filosofía del tiempo: *el tiempo es necesario*, sobre todo *Para amar o fundirse/ los labios y la lava de dos cuerpos*; así como una metafísica típicamente calderoniana: *...el sueño/ no es más que el anticipo/ de sombra que a la muerte/ debemos devolver...*

Citemos, asimismo, la acertada poética plasmada en los poemas "Antítesis" y "Suicidio". En el primero, afirma el poeta: *Se pierde lo que se canta*, gran verdad poético-humanista por la que parece ganarse en poesía lo que se pierde en vida, o, como alguna otra vez he escrito, "el poeta se aniquila a sí mismo en el poema". En el segundo, *escribir unos versos es ...abrir fuego/ y saltarse despacio/ la tapa de los sueños*, es decir, el precio que se ha de pagar por ser poeta.

Finalmente, en este recorrido de la infancia a la madurez, el poema "Secuencias" expresa una recapitulación de la vida en la cual *El hombre y ese niño eran yo mismo*, especie de conclusión cinematográfica con la que se quiere rescatar la identidad del yo, identidad de un poeta llamado Víctor Jiménez que continúa transmitiendo felizmente su carga emocional al lector.

Luis Arrillaga



Julia OTXOA "La nieve en los manzanos"

Miguel Gómez Ediciones.
Málaga, 2000

Hay en las faldas de Igueldo un huerto de manzanos sobre el que sus dueños, el escultor Ricardo Ugarte y la escritora Julia Otxoa han visto caer la nieve... Desde esa imagen tan próxima, desde ese entorno vivencial, idílico y conflictivo, arrancan los

25 poemas que conforman este libro, último de una serie de poemarios en verso o prosa -*Composición entre la luz y la sombra, Centauro, Kiskili-kaskala, Un león en la cocina...*- que forman hasta hoy la obra de la autora. Una obra de verbo austero siempre y siempre de profunda carga ética, por no decir de compromiso valiente con lo más próximo y cotidiano (*Los poetas, dice el miedo, son personas que llevan consigo un corazón que arde más que los demás*). Porque la obra de Julia es siempre imagen plástica de sí misma y su entorno (*"miro nuestra casa y sólo veo fantasmas"*).

Resbalan los poemas de este libro por el tobogán que su autora ha construido entre la realidad y el deseo, y es que la realidad, esa guerra perpetua que le hiela el corazón, según declara en los primeros versos, la fuerza a contrastar barquitas de colores con calles inundadas de llanto, flores de azahar y noche, y a describir o reventar imágenes con que vencer *"toda la sinrazón de la barbarie"*. De ahí que nos resulten tan desazonados y nos empujen, como a ella, a buscar consuelo en las evocaciones del tiempo de las plantaciones, en los cuentos de infancia en casa de los abuelos..., en un empeño desesperado por conquistar la normalidad en las páginas de *"una contabilidad extraña"*. Quiero decir que hay tristeza y pesadumbre en cada página, por más que nos dibuje mariposas en invierno. Sólo que más allá de la desazón -pues quizá es su obra más triste- hay continua denuncia en este ramillete de poemas, y dentro de ellos, una imagen final de advertencia, la del último poema en que nos dice que no será *"hundiendo el tenedor en el corazón de las golondrinas como nos alimentaremos de libertad"*.

Seve Calleja